

Capítulo uno

No hay secreto que sus piernas no puedan descifrar, con la mano sabia de Pascal en su cintura. Ahora le pide un voleo y Ana, aun con los ojos cerrados, tiene absoluta conciencia de esa pierna, fina y sensual, que desnuda el tajo de su vestido negro, de ese pie que gira en alto, apenas un instante, con elegancia, para volver a apoyarse sobre la madera. No mira tampoco el torso de Pascal, pero lo siente ahí, consistente, seguro, centrándola, dándole el equilibrio perfecto para asumir, apoyada en un solo pie, ese giro completo que él le ha marcado en este compás. Ah, qué placer.

Qué buena sorpresa haber encontrado en Le Latina a su amigo Pascal, el compañero ideal para gozar a tope del tango. Por suerte decidió ir, y cortar esa zozobra absurda. Toda la tarde pendiente del teléfono, del correo electrónico, como si no existiera nada más interesante que esperar el llamado de su siempre ocupadísimo novio. El azar quiso que la mano de Ana cayera sobre un CD de Piazzola. Con los primeros acordes ya sintió esa cosquilla en los pies, en su cuerpo todo que le pedía tango. Una ducha rápida y el vestido negro. Se calzó las zapatillas y guardó los zapatos de baile en el bolso. Sólo bailar podía sacarla de ese estado.

A Luis le pareció raro que Le Latina estuviera arriba de un cine. Y ahora que se ha sentado la chica del vestido con tajo, esas piernas de las que no pudo despegar sus ojos desde que llegó, trata de asimilar el ambiente de esa milonga de la rue du Temple a alguna de las de Buenos Aires, pero ninguna le cuadra. Se parece más a una casa que a una milonga. ¡Cómo bailan los franceses!, no lo puede creer. Pese a que le aclaró a Philippe que él no es un gran milonguero (hace tres años que baila nada más, desde que se separó de su mujer), la verdad es que pensaba que en París iba a matar, sólo por ser argentino. Pero después de ver el nivel que tienen en Le Latina, se achicó un poco. Y no trajo a París los zapatos para bailar tango, se puso los que usa para las entrevistas que, al menos, no tienen suela de goma. ¡Como para pensar en los zapatos cuando salió de Buenos Aires! Pero le pareció divertido que su nuevo amigo lo invitara a un bal, como le dice. ¿Por qué no un tanguito en París?

Y por qué no en un amplio sentido, no sólo zafar, como se propuso cuando decidió ir a París a vender los documentales, última apuesta para detener ese tobogán por el que Luis se desliza hace tres años a un arenero sin arena, y vuelta a subir y vuelta a golpearse, sino volver a creer, vivir, crear. Una semana fuera de la atmósfera opresiva de Buenos Aires y ya esa brisa de esperanza. Aunque no haya nada concreto (Philippe le ha dado un contacto interesante, pero ninguna seguridad), Luis tiene la certeza de que, de un modo u otro, va a llegar a hacer lo que quiere.

Ana se ha curado de su tango noir, esa suerte de fiebre que la arrasó durante meses, ese no poder parar hasta lograr el exacto pivot, el refinado voleo, la perfecta cadencia. Ahora sólo el placer de la música y la mano de Pascal en su espalda marcándole esos ochos para atrás, y luego un giro completo con planeo.

A Ana le gustaría que algún hombre la llevara por la vida como Pascal en el tango. Una vez se lo dijo a su padre y él le contestó: te tendrías que casar con Pascal entonces. ¿Con Pascal?, se rió Ana, ¿cómo se te ocurre? Él fue su profesor en Montrouge, aunque hace tiempo que Ana está a su nivel. Nos admiramos y gozamos bailando juntos, pero nada más, papá, le explicó. Es obvio, pero su padre no entiende nada de tango, quizás porque es argentino, o por su historia con la Argentina.

¿Y ella lo entiende? Ahora que bailar lo ha tomado una proporción normal en su vida, quizás sí. Pero cuántas veces se preguntó qué sentido tenía esa loca carrera que inició cuando decidió dejar los cursos de tango que le propusieron en la universidad, e internarse por otros caminos. La primera excusa fue hacer una investigación sobre los papeles del varón y la mujer que actualmente se ponen en juego en el tango. No podría comprenderlo sin entrar ella misma en los distintos ambientes, bailar lo aportaría otros elementos, se mintió por un tiempo. Pero no fue ese ensayo, que al fin nunca escribió, lo que la llevó de profesor en profesor, de curso en práctica, de un baile a otro, y otro más, a la tarde, a la noche, una sala, un cabaret, una academia, un stage en Toulouse, otro en New York. Tan difícil pasar esa cortina que dividía la práctica de los debutantes de los avanzados, pero Ana no se iba a detener hasta alcanzar la cumbre de la que ya entonces empezó a llamar la «escala jerárquica del tango», con toda la risa que le daba esa expresión, y la conciencia

de ese empeño, tan absurdo como inevitable, de llegar a ser una buena partenaire de los grandes, de los verdaderos milongueros.

Tal vez hubiera algo más profundo que no alcanzaba a ver, le dijo alguna vez a Pascal, con quien, excepcionalmente, en esa catarata de lugares y gentes diversas, pudo detenerse a hablar. ¿Quizás su padre, sus orígenes?, aventuró Pascal, sin mayor énfasis (le parecía una preocupación irrelevante, él nunca se lo preguntó, para él la vida es tango). No, estaba segura de que no tenía nada que ver, Ana sólo nació en la Argentina, pero ni se acuerda ni le gusta ese país, ella es francesa. Y jamás ha visto a sus padres bailar el tango.

Entonces se le ocurrió la idea: ella bailando el tango, un original regalo de cumpleaños para su padre. Le pidió a Pascal que la acompañara. Y él le dio el gusto, no sólo porque intentaba convencerla –inútilmente– de que fuera su compañera en el espectáculo que preparaba en el Cabaret Sauvage, sino porque ya era su amigo.

Ana quería compartir con su familia lo que había logrado con mucho esfuerzo, pero de ningún modo porque su padre fuera argentino, sino como algo de ella, como cuando obtuvo el título de socióloga, o cuando ganó la primera beca para investigar.

Fue allí donde terminó su tango noir, ninguna academia o salón de baile le dio ese diploma. Fue su papá, no los milongueros, cuando la abrazó emocionado: genial, maravillosa.

–Es que vos, Ana, lo llevás en los genes –dijo–. C'est génétique –le explicó a Pascal–, mi padre, y sobre todo mi abuelo, fueron grandes bailarines de tango.

A Ana no sólo le sorprendió enterarse de que su abuelo bailaba el tango, sino que su regalo hubiera provocado que su padre hablara de su familia, como quien dice mi papá era zapatero, o era oriundo de tal pueblo. Ana conoce esa sombra que opaca su mirada la rara vez que alguien menciona a los Lasalle, especialmente a su padre, César. Lo odia, podría decir sin exagerar, y por extensión, se imagina, odia a su abuelo, que también se llamaba Hernán, ni para poner nombres tienen imaginación, le había dicho hacía años a Ana su padre, todos Hernán: su abuelo, su tío, hasta él mismo.

–¿Qué tiene que ver tu padre, tu abuelo? –reaccionó Ana–. Yo pasé horas y horas estudiando.

De ningún modo iba a aceptar que relacionara su regalo de cumpleaños con su abuelo César, ese hombre cruel que tanto mal había hecho a toda su familia.

¿Por qué se le había ocurrido hacerle ese regalo? Un regalo para ella más que para él, una manera de detener esa obsesión con la mirada cálida de su papá y volver al mundo de siempre, a sus libros, sus historias de amor, sus estudios, el cine, sus amigos, a todo lo que ella había dejado, aún no sabe por qué. Lo cierto es que, desde entonces, apenas si ha ido algunas veces a bailar y hasta esta noche no ha vuelto a sentir en su cuerpo esa urgencia de tango.

–Mira ese hombre alto, muy rubio –dice Philippe–, es un holandés, un tangomaníaco que se pasa de stage en stage por el mundo entero.

–Sí –la mirada de Luis apenas se desvía un instante–. A mí me tiene hechizado esa chica delgadita, es espectacular cómo baila.

–La conozco de las prácticas en la Maison Verte. ¿Por qué no la sacas a bailar?

–Hace un rato casi me animo y justo ella salió a bailar con el mismo de ahora. Él también baila genial, un maestro, ¿es su novio, su marido?

–No sé, pero qué importa, estamos en Le Latina, el intercambio legalizado, como en todos los lugares de tango. ¿No es así en Buenos Aires?

–Sí, también, sobre todo últimamente que la gente se ha lanzado masivamente a bailar el tango: taxistas, maquilladoras, empleados públicos, desocupados, jóvenes, viejos, «en un mismo lodo todos manoseados».

A Philippe le interesa que le explique ese fenómeno porque los argentinos exiliados que conoció en los setenta no bailaban el tango, ¿ahora sí?, pero Luis ya no le escucha porque ella ha vuelto a su mesa, y él la sigue con la mirada, la mano aún en la copa, sosteniendo su duda.

Sería un papelón que la sacara a bailar y no diera pie con bola, ¿y si lo rechaza? Luis se ríe de sí mismo. En París, con un quilombo terrible, parece que todo dependiera de que esa chica le diga que sí o que no, que le guste cómo la lleve. Eso es lo bueno de la milonga, todo queda afuera, lo

importante es si te sale el gancho, los nuevos pasos, si la minita te va a seguir. Ya está de pie cuando ella le devuelve la mirada. Luis cruza la pista, decidido.

–Est-ce que vous dansez? –espera que no se le haya notado el acento–. Ella se levanta, el aire grave, y se enlazan. Pronto Luis va a olvidarse de sus miedos y sentir el suelo bajo sus pies, el cuerpo de una mujer, en total armonía con el suyo, disparando su imaginación.

–¡Hernán, Asunción! –da voces, excitada, Carlota en su cielo de Tango–, Juan, Mercedes, Rosa, vengan todos, miren allí, en *Le Latina*. Los bisnietos de Hernán y Asunción están bailando juntos. ¿No es increíble?

No se dirigen la palabra. Apenas merci cuando Luis la acompaña a su mesa, después de la tanda de tangos.

¿Y no le preguntaste ni cómo se llama?, se ríe Philippe, pero no espera su respuesta porque se escuchan los primeros acordes de un tango que, como un imán, lo llama a la pista, *Corajuda*, ¿lo conoce Luis?

Un francés preguntándole si conoce *Corajuda*, es gracioso. No le ha dado tiempo a decirle: sí, desde que nació, mi madre me debe haber amamantado al son de la grabación original.

–Escuchá, Mercedes –dice Juan–, *Corajuda*, el tango que compuse para vos. ¿Ves esa chica, la flaquita de pelo castaño? Es Ana, tu sobrina nieta.

–Es magnífica, salió a vos, Hernán.

–No hacíamos esas figuras en nuestra época.

–¿Probamos, Carlota?

Ella está bailando otra vez con el mismo tipo, debe de ser el novio. O tal vez sólo su pareja profesional... Son profesionales, no hay duda. ¿Qué sentiría su abuelo si pudiera ver la destreza y la sensualidad con que baila su música esa pareja, allí, en París, en el año 2000? Curioso, nunca se le ha ocurrido en Buenos Aires, pero siente un súbito deseo de plantarse en medio de la pista y proclamar a los cuatro vientos: esta milonga con la que tanto se lucen y gozan, franchutes, la compuso mi abuelo, Juan Montes.

La mirada del hombre con quien bailó hace un rato no la deja ni un segundo, la envuelve, la entibia, que se dé el gusto, sería bueno irse a la cama con él, y olvidarse de su desconsiderado novio. ¿Por qué cada vez que se va de viaje le dice te llamo y la deja esperando? ¿Se lo hace a propósito, para tenerla pendiente de él? ¿O ni siquiera existe Ana cuando está en sus reuniones? Pero cómo puede pensar en otra cosa bailando con Pascal. Buena señal, antes no le hubiera sucedido. Esa insoportable ansiedad que le producía pasar de nivel ha desaparecido, y esta noche sólo está el tango que los lleva por la pista, y esa armonía perfecta que se establece entre sus cuerpos.